

Latinización de la frontera México-Estados Unidos

Leopoldo Santos Ramírez*

*Pero se equivocaban.
Esta vez, aunque las apariencias
repiteían viejas formas de la historia,
todo sería distinto*

MARIO VARGAS LLOSA (1981, 46).

Presentación

En este ensayo se examinan una serie de factores estructurales y coyunturales que están influyendo en los cambios que ha estado experimentando la franja fronteriza entre México y Estados Unidos, para tomar la forma y el contenido de una frontera latina. Se hace un repaso breve de las funciones que cumplió dicha zona en el establecimiento de las relaciones entre ambos países, y con el resto de América Latina en el siglo xx.

Se examina la migración centro y sudamericana actual, como factor central, y también los demás ámbitos sociales de los inmigrantes en la latinización de la frontera, sin reducir el concepto exclusivamente al espacio territorial.

* Profesor-investigador de la línea de investigación México-Estados Unidos de El Colegio de Sonora. Correo electrónico: lsantos@colson.edu.mx

Por lo general, los textos sobre la dominación de Estados Unidos en el mundo presentan los obstáculos que el país puede anteponer debido a su poderío tecnológico, militar y económico. En este ensayo la mirada se detiene en la manera en que funcionó la frontera latina a través de la historia, y las ventajas que proporcionó a los grupos de revolucionarios mexicanos que supieron aprovecharla.

Advertencia

Es conveniente señalar que aquí se utilizan los términos frontera del norte mexicano y frontera del sur norteamericano, para diferenciar a las dos franjas divididas por la línea internacional. También se usa frontera México-Estados Unidos, para considerarlas como un solo territorio simultáneamente, aunque no como una región en un sentido socioeconómico. Se emplean dos acepciones del término frontera latina, la que engloba a las naciones latinoamericanas y del Caribe en su conjunto, inclusive en sus límites marítimos frente a Estados Unidos, y la que incluye también a las poblaciones que portan determinada cultura e ideología, independientemente de su lugar geográfico. En el presente caso, los inmigrantes de Latinoamérica son portadores de su propia cultura nacional, pero en su forma de actuar expresan la diversidad de la cultura latina y la aún difusa ideología de una patria latinoamericana, que se manifiesta tanto en Estados Unidos o Canadá, como en la latitud más lejana de la América Latina.

Se hace énfasis en que la importancia de la frontera México-Estados Unidos, o frontera latina, constituye un punto crucial en donde se están definiendo y habrán de definirse algunos de los rasgos de la relación futura entre Estados Unidos y Latinoamérica.

Latinización de la frontera México-Estados Unidos

La hipótesis central del ensayo es considerar que el actual movimiento migratorio de trabajadores centroamericanos, y en menor proporción de sudamericanos, está reforzando la latinización de la frontera México-Estados Unidos.

En este caso, el término latinización alude a la tendencia de hacer más presente y visible al conjunto de nacionalidades centro y sudamericanas en la dinámica de la zona, donde la línea internacional divide a México y Estados Unidos.

Por supuesto que el reforzamiento de la latinización no se reduce al área fronteriza, sino que se expresa en cualquier lugar donde los centroamericanos junto a los mexicanos y el resto de latinoamericanos forman parte de la fuerza de trabajo, oficialmente clasificada como hispana en la Unión Americana.

Es importante explicar el sentido demográfico de la latinización de la frontera México-Estados Unidos, pues hasta cuando menos la segunda mitad de la década de 1980, la presencia de otros latinoamericanos diferentes a los mexicanos era más bien escasa.

Al levantar censos o encuestas, los latinoamericanos residentes en Estados Unidos se identifican con el gentilicio propio de su país de origen. Pero desde finales de los años ochenta, el término latino ha adquirido relevancia y significación política, cuando se utiliza para denotar una alianza entre ellos con determinados objetivos políticos. En ese momento, mexicanos, guatemaltecos, hondureños, ecuatorianos y todas las demás nacionalidades adoptan el término latino, despojándose de sus propios gentilicios.

Es decir, se trata de situaciones excepcionales en donde este conjunto de población se reconoce cuando tiene problemas similares, metas y la necesidad de movilizarse en conjunto. Inclusive, el término es utilizado en contraposi-

ción al de hispano, creado por el censo norteamericano para englobar a los latinoamericanos e inclusive a los españoles de la península Ibérica.

El término latinización también resulta útil, porque con él pueden describirse con mayor claridad los procesos de unificación y alianza política de los inmigrantes latinos.

Sin dejar de considerar este contexto, aunque en el futuro próximo el peso demográfico de los migrantes centroamericanos en la frontera del norte mexicano no alcanzará la cifra de los que viven en Estados Unidos, la significación del término latinización se medirá por la posibilidad de interpretar mejor los procesos actuales del fenómeno migratorio en la frontera mexicana, pero también en la conformación de los núcleos latinos dentro de dicho país, conocidos en la literatura como "comunidades binacionales" o "comunidades transnacionalizadas", (Portes et al. 2003).

El concepto frontera norte o el de frontera México-Estados Unidos capta sólo una parte de los fenómenos y la dinámica de lo que ocurre hoy en esa zona. Es decir, el enfoque que privilegia lo "binacional" o la relación México-Estados Unidos exclusivamente, o aun los estudios localistas sobre las relaciones entre las ciudades fronterizas de uno y otro lado, y los condados de Estados Unidos y los municipios de México tienden a parecer insuficientes en tanto que no dan cuenta de las dinámicas nuevas que la presencia de la población centro y sudamericana y caribeña le están imprimiendo al paisaje demográfico estadounidense.

De esta manera, si se considera sólo el factor de la migración latinoamericana, el cambio principal producido al finalizar el siglo pasado fue que la frontera estadounidense ya no pudo seguir considerándose una zona casi exclusiva de residentes mexicoamericanos e inmigrantes de México, pues cada vez hay población latinoamericana,

que se ha estado asentando allí más firmemente, a lo largo de dos décadas.

En el lado mexicano, la presencia de centroamericanos es todavía tímida, invisible y difícil de contabilizar, debido a la residencia ilegal de la gran mayoría. Pero no existe duda de que la frontera mexicana ha empezado a constituir una opción de residencia temporal o definitiva para ellos, ya sea que sus planes impliquen el cruce hacia el norte o encuentren posibilidades reales de establecerse allí o en sus cercanías.

La segunda hipótesis, que complementa a la primera, es que el cruce por la frontera norte de México se volverá más restrictivo para los migrantes internacionales de cualquier tipo, debido a que Estados Unidos ha decidido casi sellar su frontera sur, lo cual hará que tanto los migrantes de centro y Sudamérica permanezcan por más tiempo en territorio mexicano, y por consiguiente en la frontera norte.

Una consecuencia de esto, que no constituye un escenario sino la constatación de una realidad presente, es que el Gobierno de México está escalando en la adopción de medidas más drásticas para restringir la entrada y circulación de centroamericanos, y así se coloca cada vez más lejos de sus vecinos del sur, y de conflictos internacionales probables con los países tanto de América Central y del Sur y con Estados Unidos.

Es decir, la latinización de las zonas fronterizas mexicana y estadounidense acarrea efectos positivos así como negativos, si se piensa en la discusión acerca de las políticas migratorias de Estado que se están planteando en el hemisferio occidental.

Ahora es importante desglosar, aunque sea en forma parcial, los elementos materiales y subjetivos que permiten un primer esbozo sobre el proceso de latinización de esta franja fronteriza. Entre estos factores, que se influyen

mutuamente están los: a) históricos, b) demográficos, c) geográfico-marítimos y d) de derecho internacional.

Factores históricos

La historia es un elemento central en la latinización de la frontera México-Estados Unidos. A pesar de la distancia que en cuanto al desarrollo económico separa a unos países de otros y a la diversidad de regímenes, la historia ha agrupado al conjunto de las naciones latinoamericanas como entidades perdedoras y con rezagos enormes, frente a las potencias europeas y a Estados Unidos.

Los intentos de integración, unos menos exitosos que otros, hablan de la necesidad de reconocerse en un pasado común de adversidades, en las potencialidades y ventajas regionales y en la conformación de un futuro comunitario, que les otorgue fuerza para la negociación. La intención de la integración latinoamericana como una gran patria estuvo presente desde la independencia de la Colonia en el Congreso latinoamericano de 1824, convocado por el libertador Simón Bolívar. Lenguaje, literatura, costumbres y comida, con similitudes y diferencias regionales, integran un mosaico multicolor en donde se mueven las fuerzas de la integración, pero en un espacio muy amplio también las capaces de forzar la desintegración.

Factores demográficos

Los centroamericanos, y en menor proporción los sudamericanos, antes estuvieron presentes en las áreas fronterizas mexicanas y en menor cuantía en la estadounidense, pero aceleraron y aumentaron su presencia desde la segunda mitad de los años ochenta.

Debido a lo atractivo de su mercado de trabajo, más evidente en el lado angloamericano, aunque no deja de ser significativo en las ciudades grandes de México, y en su frontera norte, tanto por el número de centroamericanos que utilizan este territorio para cruzar, como por la decisión de una porción mínima de ellos de residir en forma temporal o definitiva de una manera legal o ilegal en dicha zona.

Por ejemplo, con respecto sólo al lado estadounidense abarcado en este estudio, es decir, al estado de Arizona, el censo del año 2000 registró allí a 1 295 000 hispanos, de los cuales 81 por ciento fueron mexicanos y 17.76 de otros países de América Latina. El porcentaje de latinoamericanos no constituye una cifra despreciable, sobre todo al considerar que Arizona, con un área desértica extensa, no se ha caracterizado por ser destino de la migración de América Central y del Sur, en comparación por ejemplo, con California, Nueva York, Chicago, Florida o Texas, centros de atracción de fuerza de trabajo migrante en gran escala.

Por eso resulta significativo que los centroamericanos hayan ocupado el segundo lugar, con 13 075 residentes: 4 mil guatemaltecos y alrededor de 3 700 salvadoreños (U.S. Census Bureau 2000).

En conjunto, el total de centroamericanos se acerca a la cifra de los 17 mil puertorriqueños residentes en Arizona, aunque para efectos de desplazamiento migratorio ellos son considerados ciudadanos estadounidenses, de acuerdo a las leyes que rigen su estatus de estado asociado.

De las entidades limítrofes con México, California y Texas concentran al mayor número de residentes centroamericanos, con 576 330 y 146 723, respectivamente, y como era de esperarse, en Nuevo México hay menos: 2 318. Sin embargo, en Florida hubo 202 772; en Illinois 39 377 y en Nueva York 181 875 (Ibid.).

Las características socioeconómicas de la población latina dentro de Estados Unidos están registradas en informes y análisis del censo de institutos como Pew Hispanic Center y en una producción académica cuantiosa, que la ha estudiado desde diversos enfoques. En general, es una población no homogénea; en su mayoría constituye una fuerza de trabajo barata, que ocupa los empleos de poco salario. Así como los ciudadanos estadounidenses de origen mexicano se distinguen de sus compatriotas inmigrantes llegados en fecha reciente, el conjunto de nacionalidades latinas se distingue también entre residentes legales, con derecho a trabajar legalmente, y quienes no lo son. Se trata también de una población dispersa, pero que en su mayoría se concentra en ocho estados.

Algunos estudios, como el de Francesco Filippi, ven muy difícil que surja una "identidad hispana" capaz de sobreponerse a las identidades nacionales distintas, y de lograr un liderazgo fuerte dentro de Estados Unidos, que los posicione en la estructura política, (2007). Puntos de vista como este sólo consideran la dinámica de los latinos dentro del país, sin tomar en cuenta las condiciones de empuje de las naciones expulsoras de migrantes. Es decir, mucho del cambio y la liberación de los latinos está fuertemente asociado con las modificaciones estructurales de la región latinoamericana.

Si Arizona no recibe grandes cantidades de inmigrantes centroamericanos es porque Sonora tampoco ha constituido un territorio de migración internacional a gran escala. En el último cuarto del siglo XIX, los centros mineros sonorense fueron el receptáculo de trabajadores migrantes de casi todo el mundo, sobre todo se destacaron los chinos. Luego, la inmigración de chinos a Sonora fue cortada abruptamente por su expulsión criminal durante la década de 1930.

Un acercamiento a las cifras de la población extranjera, asentada legalmente en Sonora, ofrece un panorama de escasez de latinoamericanos. En 2004, de los 7 729 extranjeros radicados legalmente en el estado, 11.53 por ciento correspondió a: 68 salvadoreños, 46 guatemaltecos, 197 chilenos y 124 cubanos, quienes tuvieron el rango más alto de este tipo de inmigrantes.¹

En este contexto, resulta inusitado encontrar que un asentamiento, cuyos habitantes luchan por su regularización jurídica desde hace años en Hermosillo, capital de Sonora, lleve el nombre de "Colonia Internacional", por tener entre sus integrantes a personas de Centroamérica. Resulta sorprendente, porque esto desafía la ideología regionalista del sonorenses, poco receptivo a lo que proviene de afuera.

Pero probablemente también en Nogales, Agua Prieta y San Luis Río Colorado, las fronteras sonorenses principales, haya centroamericanos que viven como población flotante, tanto en asentamientos irregulares como en colonias o barrios establecidos.

Factor geográfico-marítimo

Este factor es central en la caracterización de la frontera norte latina, y ha estado presente casi desde la independencia de las naciones latinoamericanas y la expansión hegemónica de Estados Unidos.

Con toda certeza, puede decirse que se trata de una frontera que fue conformándose en la medida que Estados Unidos fue delineando su área estratégica de control militar por tierra, agua y al final por aire.

¹ En el año 2000, la población de Sonora era de 2 216 969 habitantes (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI 2001).

En un texto de Alfonso Teja (1947, 149), quien conoció los estudios del geógrafo cubano Salvador Massip, denominó frontera iberoamericana a la franja extensa a partir del límite entre México y Estados Unidos, y extendió las líneas sobre el mar, y entonces la llevó hasta sus límites verdaderos, la transformó en un área de definición geopolítica, “una zona de contacto, una región fronteriza, una zona de transición que está constituida por México, Cuba, Haití, La República Dominicana y Puerto Rico”, según se ilustra en el mapa siguiente.



Diseño con base en el mapa del texto *Dinámica de la historia y frontera interamericana*.

Se trata de una línea de tensión constante, cuya primera virtud es mostrar la división del mundo anglosajón y el latino, en donde la parte territorial del norte mexicano representa lo indígena y criollo y al mestizo, y el Caribe la amalgama de todos ellos con el elemento africano; la segunda virtud es representar la fisonomía casi completa de América Latina. Vista hacia el futuro, las implicaciones políticas de enfocar de esta manera a la frontera rebasan con mucho las consideraciones localistas en las que hasta ahora se han movido las ciencias sociales aplicadas a la frontera. Es inevitable pensar que la propuesta de Teja y Massip recuerda y refuerza al proyecto integracionista de Simón Bolívar.

Factores de derecho internacional

En la época de Alfonso Teja, el consenso de las naciones no había creado conceptos como el de mar patrimonial o zona económica exclusiva (ZEE), establecida por la Convención de las Naciones Unidas sobre Derecho del Mar en 1982.

En la actualidad, por lo que se refiere al golfo de México, la ZEE abarca una extensión de 200 millas marinas, contadas a partir del límite exterior del mar territorial hasta una distancia de 200 millas náuticas (370.4 kilómetros), área en la cual el Estado mexicano ejerce soberanía relativa sobre los recursos marinos y naturales, como los hidrocarburos.

Las marcas o líneas de la soberanía marítima de México alcanzan las de Cuba y de las demás repúblicas del Caribe, por tanto la línea internacional trazada sobre el mar, se asienta en algo material y de derecho internacional, medible en varias dimensiones, y de esta forma adquiere un sentido más amplio, que no se reduce a la concepción localista o bilateral de la línea internacional trazada con las

bardas, cercas y mojoneras en el macizo territorial mexicano y estadounidense.

Cómo se formó la frontera latina

Para comprender mejor la evolución de la frontera México-Estados Unidos hacia la frontera latina, se pueden revisar, en forma breve, algunos de los puntos cruciales en su desarrollo y transformación. Aquí no se trata de "historiar", sino de buscar los elementos de los diversos funcionamientos de la frontera, con la finalidad de encontrar claves que pudieran abrir el futuro.

Después de independizarse de España, en la segunda mitad del siglo XIX, México perdió la mitad de su territorio que pasó a manos de Estados Unidos, como resultado de la guerra impuesta por dicho país, de 1846 a 1847. Esto le permitió al país vecino empezar a ejercer control militar sobre su frontera sur.

El robo de ese extenso territorio se sancionó a través de dos instrumentos jurídicos; el Tratado de Guadalupe Hidalgo, de 1848 y el Tratado de La Mesilla, de 1853 a 1854 o Gadsden Purchase, mediante el cual el gobierno mexicano, encabezado por Antonio López de Santa Anna, cedió otros 130 mil kilómetros cuadrados más a la pérdida original.

Desde el primer momento de la anexión, los habitantes mexicanos de esos territorios iniciaron una lucha de resistencia que incluyó levantamientos armados y la auto-defensa, a través de bandidos legendarios que trataban de equilibrar la disparidad de fuerzas entre los nuevos colonos anglosajones y los mexicanos, que permanecieron en los territorios ocupados.

Aunque intentaron recuperar su antiguo suelo, la desunión, desorganización política y escasa población de mexicanos nortños fueron elementos que actuaron en contra

de este esfuerzo, que los condenó a vivir como un pueblo y nación colonizada, así que por mucho tiempo sólo les quedó el camino de la resistencia cultural.

En este aspecto fueron más exitosos, pues siglo y medio después los mexicanos primero y también los mexicanoamericanos residentes en Estados Unidos siguen reconociéndose en muchos elementos de la identidad mexicana, y por consiguiente no han podido ser asimilados completamente por el proceso de aculturación estadounidense puesto en marcha después de la anexión.

Desde entonces, también se produce un fenómeno de integración racial entre mexicanos y anglos, a través de los matrimonios y uniones mixtas, cuyos efectos sociales no alcanzan aún su potencialidad plena.

Antes de ocurrir la gran mutilación territorial, durante la Colonia española, los presidios y misiones constituyeron las fuentes y la estrategia de la seguridad territorial. Pero en la época de la independencia mexicana, ante la falta de presupuesto para su mantenimiento, los extensos territorios deshabitados, desérticos en gran parte, sirvieron como frontera ante el expansionismo estadounidense y las potencias europeas.

Es decir, al liberarse de España, la integridad y seguridad territorial de la frontera mexicana estuvo basada casi exclusivamente en la lejanía del espacio donde en un principio se estaba formando la gran nación estadounidense.

Por entonces, las elites de poder mexicanas pensaban que esos territorios extensos con poca población no serían objeto de la expansión de la joven nación, pero pocos años después, en 1836, con la adjudicación de Texas, se reveló su capacidad para la invasión y la toma de tierras.

Una vez terminada la guerra y los acuerdos, el trazo de las demarcaciones nuevas estuvo casi por completo en manos de los propios estadounidenses, debido a la imposibilidad del erario mexicano de cubrir con regularidad

los salarios de los ingenieros comisionados para llevar a cabo las mediciones, lo cual trajo no pocos errores en perjuicio de México.

En la segunda etapa, los estadounidenses empezaron a invertir en los territorios adquiridos y en los mexicanos ubicados a lo largo de la frontera, sobre todo en minería, producción agrícola a escala industrial, ferrocarriles y otros servicios de transporte. Este es el primer enganche en serio de las dos economías, que ayudaría a delimitar con más exactitud la línea divisoria.

En esta etapa, la migración de la fuerza de trabajo hacia los centros mineros en ambos lados de la línea internacional provenía de México, Europa y Sudamérica, pero sobre todo de las rancherías y localidades mexicanas cercanas a la nueva línea, situación que transformó el estatus de los pobladores, de rancheros a obreros.

Este periodo, que abarcó desde el último cuarto del siglo XIX hasta las dos primeras décadas del XX fue conflictivo en las relaciones de capital-trabajo, con la sucesión de movimientos huelguísticos liderados por los mexicanos, y con fuertes conflictos interétnicos con las comunidades de mexicanos asentadas en los centros urbanos estadounidenses, que empezaban a crecer (Acuña 1976).

Todavía en la década de 1920, los mexicanos constituían la población mayoritaria en Nuevo México y Arizona, pues al gobierno no le fue fácil asentar anglos en estos territorios, alejados de sus centros industriales.

Entonces, la frontera funcionó como un gran reclutador de fuerza de trabajo, y la gran mayoría de los caminos y puntos de garitas aduanales a lo largo de la línea internacional operaron sobre todo como paso de entrada para la materia prima extraída de México. Los trabajadores mexicanos se instalaron en los puntos de la nueva línea internacional, y así fundaron poblados que satisfacían por completo las necesidades de explotación industrial de los

recursos naturales del lado mexicano. Esos primeros asentamientos a la postre se convertirían en ciudades fronterizas mexicanas.

Pero los trabajadores también traspasaban la línea y se instalaban en localidades gemelas, como los residentes de Agua Prieta, Sonora iban a Douglas, Arizona, ciudades divididas por alambradas precarias. Los obreros mexicanos pasaban a laborar diariamente en la fundición de metales de la Phelps Dodge del lado estadounidense, o bien decidían residir en Douglas. Desde entonces, a través de las inversiones, el capital de Estados Unidos mueve la frontera hacia el sur, al mismo tiempo que la fuerza de trabajo mexicana la empuja hacia el norte.

La Revolución Mexicana trajo un funcionamiento nuevo para la frontera norte. El conflicto contra la estructura oligárquica y autoritaria, que entregó una gran parte de los recursos naturales a los capitales extranjeros, fue liderado por parte de una generación de clase media y pequeña burguesía que buscaba la oportunidad de entronizarse en el poder político, y desde allí fijar otros derroteros para el país.

Para este conflicto, iniciado en el norte, el control sobre las ciudades y poblaciones fronterizas mexicanas fue determinante, para influir en el rumbo del proceso revolucionario. Ganar plazas como Nogales, Sonora, o Ciudad Juárez, Chihuahua, significaba asegurar recursos, a través de la recaudación de impuestos, obtener armamento y *parque* a buen precio, y mantener relaciones con autoridades estadounidenses, tanto estatales como federales.

La actuación del Gobierno de Estados Unidos fue casi determinante para el triunfo de una u otra fracción, pues llegó a permitir el paso de tropas mexicanas por su territorio, para sorprender por la retaguardia a los del bando contrario. También proveyó servicios de inteligencia para los gobiernos de Porfirio Díaz y el usurpador Victoriano

Huerta; encarcelaba a los revolucionarios que pasaban a su territorio o sabotaba sus actividades. La primera revolución de Francisco I. Madero sólo pudo asentarse en Estados Unidos una vez que creó un aparato de contraespionaje, tanto para contrarrestar a los servicios secretos de aquél país como a los cuerpos de inteligencia del dictador Porfirio Díaz.

La frontera sur de Estados Unidos funcionó entonces como un espacio donde se encontraban y organizaban diversos proyectos revolucionarios relacionados con México; allí se podía conspirar y organizar huelgas y ataques armados, como fue el caso de los magonistas, de ideología anarco-sindicalista. No pocos obreros pasaban a los centros mineros del otro lado de la línea, se empleaban allí para juntar dinero y una vez avituallados regresaban a pelear en las filas revolucionarias.

Esto no era desconocido para México, pues ya antes Benito Juárez, autoexiliado, estuvo trabajando en Nueva Orleans, y ya como presidente, durante la intervención francesa se refugió en Paso del Norte, lugar que después adoptaría el nombre de Ciudad Juárez.

En contraparte, además de apoyar a los disidentes, la frontera de la revolución también fue un espacio de amplia maniobra para el gobierno estadounidense, que intervino militarmente en varias ocasiones contra las facciones revolucionarias, una de las más notables fue la persecución del general Pershing contra Francisco Villa por territorio chihuahuense, a quien jamás encontraron, después de que el mexicano había invadido Columbus, Nuevo México, en represalia por un mal negocio en la dotación de *parque* (Katz 1999; Taibo II 2006).

Como resultado de la revolución, una parte importante de la población mexicana emigró a Estados Unidos en busca una vida más segura. Esto trajo un aliento de renovación de la cultura mexicana en las ciudades principales de

las entidades fronterizas estadounidenses, como Tucson, Arizona, pues los inmigrantes provenían de la pequeña burguesía propietaria, de la clase media profesionalista en donde se incluían artistas, pintores, cantantes maestros y periodistas.

Durante los años sesenta, el narcotráfico le imprimió una función nueva a la frontera, pues la vigilancia contra el tráfico de drogas atrajo a los cuerpos estadounidenses de seguridad especializados en combatirlo, inclusive se incorporó al Buró Federal de Investigaciones (FBI, por sus siglas en inglés).

El auge del uso de la cocaína entre la clase media y alta atrajo también a los traficantes de América del Sur, quienes hicieron sus propias conexiones, rutas de tránsito y de entrada hacia Estados Unidos.

En términos de migración, aunque la imagen puede extrapolarse también hacia la actividad del narco, la frontera estadounidense operó más francamente como una compuerta que se cierra y detiene los movimientos de migrantes cuando la economía no los necesita, y se abre en el caso contrario.

Desde entonces puede observarse que el interés de la elite estadounidense no es tanto detener los movimientos, sino controlarlos. En esos años también, después de que concluyó el Programa Bracero, que había operado desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y Japón instalaron las famosas plantas maquiladoras o ensambladoras a lo largo de las poblaciones fronterizas mexicanas.

Con esta nueva estrategia, las elites mexicana y estadounidense pensaban que el movimiento de trabajadores se detendría en la frontera, y más tarde persistió esta idea de contener la migración en sus lugares de origen, cuando el Tratado de Libre Comercio, en los años noventa, arrastró a las maquilas y las franquicias de negocios hacia el interior de México.

En los años posteriores, la evidencia fue más que contundente, la repercusión de dichas medidas fue muy poca para el tamaño de la migración internacional y al contrario, sus efectos han sido desgarradores sobre el tejido social tanto de la frontera como de todas las regiones, cuya única opción fue incrementar la expulsión de su fuerza de trabajo.

Después del 11 de septiembre de 2001

El comienzo del siglo XXI traería cambios en las funciones de la frontera, de ninguna manera sorprendidos, aunque su efecto fue dramático en todos los sentidos. Y se produjeron antes y después del ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York.

No se trató de fenómenos nuevos, sino de medidas largamente anunciadas y que en los hechos se habían empezado a instrumentar en forma gradual, pero con firmeza. Primero, de manera emblemática, el Gobierno de Estados Unidos empezó a construir bardas o muros por los lugares de mayor tráfico de indocumentados. Esta medida es la cara externa de una estrategia más profunda, que busca desviar la corriente migratoria hacia puntos territoriales de acceso más difícil. También es resultado del consenso trabajado sobre el tema, durante largos años por su elite política y los aparatos de seguridad.

Los operativos antiinmigrantes de mayor dimensión muestran concordancia con el aumento de la migración indocumentada: Hold the Line en Texas, en 1992, durante el Gobierno de Clinton; casi inmediatamente después, en 1994 se inició la Operación Guardián y en 1995, la Operación Salvaguarda, en Arizona. Las consecuencias principales de esas medidas fueron aumentar el costo del cruce, la proliferación de polleros y coyotes que entran por

primera vez al negocio, y cuya inexperiencia cobró no pocas vidas. Las previsiones que entonces hizo la patrulla fronteriza no dejaban lugar a dudas respecto a cuál era el costo que debían pagar y los riesgos que debían correr los migrantes que decidían cruzar la línea. En un documento de diagnóstico y de instrumentación de medidas nuevas para el control migratorio, la patrulla afirmaba en el apartado de presunciones:

En el desarrollo del Plan Estratégico de 1994, los planes de la patrulla fronteriza dependen de un número de presunciones claves: a) las aprehensiones decrecerán en la medida en la que se incremente el control de la frontera, b) el movimiento de migrantes se ajustará a los cambios tácticos de la patrulla fronteriza, c) la violencia se incrementará al sentirse los efectos de esta estrategia² (U.S. Border Patrol 1994).

El documento es revelador de otras cuestiones menores, pero es evidente que los estrategias de la patrulla fronteriza, aunque no lo expresaron explícitamente, tenían claro que el incremento de muertes de los migrantes sería uno de los efectos a partir de que se pusieran en funcionamiento las operaciones en su contra.

Años más tarde, el documento INS's Southwest Border Strategy; Resource and Impact Issues Remain after Seven Years reconoció la relación entre esa estrategia nueva de la policía fronteriza y las muertes de los migrantes (U.S. Government Accountability Office, GAO 2001).

De acuerdo al análisis de Jorge Bustamante (2002, 195) sobre ese documento, existe evidencia suficiente "para dejar establecido lo que se entiende en derecho internacional por responsabilidad de Estado".

2 La traducción es nuestra.

Inexplicablemente, México permaneció impasible, a pesar de que un organismo oficial estadounidense lo estaba proveyendo de un argumento contundente, utilizable en la agenda bilateral de migración y en el derecho internacional.

Si en las etapas anteriores los objetivos de la seguridad de Estados Unidos fueron los narcos y los migrantes, después del 11 de septiembre el control *fronterizo* se enfocó sobre el *terrorismo*.

Pero debido a que los terroristas árabes o musulmanes no utilizan la frontera *latina* para introducirse a Estados Unidos, sino la *canadiense*, entonces fue necesario construir una imagen nueva para los migrantes latinos, que pasaron a ser vistos como aliados potenciales de los terroristas, en cuyos contingentes bien podrían pasar camuflados los miembros de Al Qaeda.

El ataque terrorista del 11 de septiembre le permitió a George W. Bush dar un golpe de timón de mando, mediante el cual pudo hacerse de casi todos los controles de seguridad, iniciar las guerras contra Afganistán e Irak, obtener mayores atribuciones en el desplazamiento de tropas, inclusive con el voto de los congresistas demócratas, cambiar las leyes de garantías individuales, mantener marginada a la oposición y, sobre todo, imponer una censura severa, que hacía aparecer aliado del terrorismo a quien se atreviera a cuestionar la pertinencia de las guerras.

En materia migratoria, los aparatos que antes tuvieron un perfil más civil, ahora estaban controlados por el U.S. Department of Homeland Security (Departamento de Seguridad Interna). De esta manera, la patrulla *fronteriza* y las aduanas quedaron bajo disciplina casi militar, y sus procedimientos se adecuaron a tareas de seguridad nacional, según el esquema: guerra contra el terrorismo. El efecto de todo esto fue la interrupción del movimiento migratorio por varias semanas después del 11 de septiem-

bre, y uno de los mayores trastornos en el cruce legal de individuos y mercancías mexicanos hacia Estados Unidos.

La revisión de vehículos y personas se hizo más estricta y aún ahora, después de varios años en estado de guerra, pasar por las garitas aduanales puede significar varias horas de espera hasta en las localidades de menos tráfico. Esto ha cambiado los patrones de cruce; de sur a norte se tiende a pasar menos, y de norte a sur, a los anglos y mexicoamericanos les resulta poco atractivo pasar a México, ante la posibilidad de permanecer horas en la línea y sufrir vejaciones por parte del personal de la aduana.

Esta situación también ha ayudado a reforzar la tendencia de los migrantes a quedarse por más tiempo dentro de Estados Unidos, ante los riesgos y dificultades que supone el regreso del sur a sus lugares de trabajo.

Con la estrategia de seguridad nueva vino también el uso de tecnología militar de punta, igual a la que se está empleando en Irak: cámaras infrarrojas para detectar cuerpos y calor humano, monitores en las rutas de migrantes, aviones de rastreo sin sonido de motores y manejados a control remoto, vehículos especialmente diseñados para terreno desértico y de montaña, utilización de helicópteros que en su búsqueda atraviesan la línea y se internan en territorio mexicano aun por los poblados.

El reforzamiento del personal de la patrulla fronteriza, a través del reclutamiento de más gente y el auxilio de la Guardia Nacional en materia de vigilancia es otro de los factores que de hecho ha militarizado la frontera.

La presencia de la Guardia Nacional no es un acontecimiento inusitado en la frontera, pero su permanencia en algunos lugares de Arizona ahora es por tiempo indefinido, lo que podría estar anunciando un cambio dramático en el control de la zona.

Entre los obstáculos que dificultan el cruce, existen dos agrupaciones que operan en forma independiente del

Estado; una está integrada por paramilitares, es visible y de acciones previsibles, y cuyo perfil hasta hoy ha sido bajo en materia de violencia, y están los denominados vigilantes, que reivindican el derecho a tomar acción en materia de seguridad, donde consideran que las autoridades han fallado. Estos grupos, como los Minutemen, Ranch Rescue y Patriot son reclutados entre rancheros pobres azotados por la crisis neoliberal, que devastó la economía de granjas y ranchos. Muchos de ellos poseen propiedades pequeñas pegadas a la línea internacional por donde pasan los indocumentados. En este tipo de organizaciones aparecen aventureros que realizan labores de vigilancia a cambio de un salario, normalmente cubierto con fondos blanqueados, pero que pueden rastrearse hasta las organizaciones nativistas con sede en Washington.

Más peligrosos que los vigilantes pueden resultar las bandas de mexicanos que merodean por la franja fronteriza en ambos lados. Son los llamados "bajadores", integrados por asaltantes cuyas víctimas cautivas son los migrantes, a quienes secuestran para exigir rescate o llegan a asesinarlos en lugares despoblados de la línea internacional, que son sitios por donde es común que transiten los indocumentados.

En el lado mexicano, el Grupo Beta (creado por el gobierno federal como un organismo de apoyo a migrantes), que no ha sido contaminado por la corrupción, es la contraparte de estos asaltantes, pero del lado estadounidense no se combate a dichas bandas.

La cantidad de obstáculos varía según el lugar seleccionado para cruzar, aunque en esta reseña breve quedaron fuera muchos, los consignados dan una idea clara de la estrategia de las autoridades estadounidenses para sellar su frontera sur.

Factores estructurales

Algunos de los cambios, ya mencionados, del pasado, y otros que siguen vigentes en el presente en la frontera norte son estructurales, como los enganches de las economías de Estados Unidos y México y por extensión los del resto de América Latina, hasta la imposición de la ideología globalizadora y de las relaciones internacionales nuevas del neoliberalismo.

En consecuencia, la forma de concebir las funciones de la frontera han variado al presentarse dichos cambios, y dentro de esos grandes movimientos estructurales hay coyunturas, como la guerra contra el terrorismo. Casi todos los preparativos y los procedimientos que Estados Unidos instrumenta ahora en la frontera responden a esas circunstancias coyunturales, pero en su interior y en los países del sur han estado surgiendo otros procesos estructurales.

Vista con todos sus problemas, la frontera tiende a aparecer cubierta por una espesa neblina que no permite ver los otros fenómenos que están ocurriendo ahí. Si se traspasa la niebla, pueden observarse otros procesos estructurales como: a) crecimiento poblacional de la frontera latina a ambos lados de la línea internacional; b) crecimiento de la población latina en Estados Unidos; c) mestizaje anglo a partir de las uniones con latinos; d) lucha política de los latinos y e) conexión centro y sudamericana.

Crecimiento poblacional en la frontera latina

Uno de los problemas que no tuvo solución durante la Colonia española, que imperó en la independencia y llegó inclusive hasta la segunda mitad del siglo xx, fue la escasez de población en los extensos valles y llanuras norteñas de México.

La Corona española, después el Imperio Mexicano y los gobiernos sucesivos de conservadores y liberales intentaron, a través de concesiones territoriales, atraer a colonos extranjeros para que formaran asentamientos humanos, pues preveían la llegada inevitable del expansionismo angloamericano a las fronteras de la entonces denominada América Septentrional.

Fue hasta el censo del año 2000 cuando México alcanzó los 100 millones de habitantes, después de 170 años, mientras su vecino del norte había sobrepasado esa cifra en 1930, año en que México tenía de 18 a 19 millones de habitantes (U.S. Census Bureau 2000; Consejo Nacional de Población, CONAPO 1994).

Con el desarrollo económico, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en México las tasas de crecimiento poblacional fueron más altas, que a su vez se reflejaron en el aumento de la población de su frontera.

Lo mismo sucedió en Estados Unidos, aunque el crecimiento de su frontera también se debió a las tasas de natalidad de los latinos y en parte a la migración. La población de la franja se reparte en cuatro estados colindantes y seis fronterizos con México, a lo largo de más de 3 mil kilómetros. En esa misma línea se agrupan 28 condados y 38 municipios, cuya población en 2005 era de 14 084 117 habitantes repartidos así: 51 por ciento del lado mexicano y 49 del estadounidense. Es decir, la franja donde se unen y dividen las dos poblaciones creció exponencialmente en las últimas décadas.

Si se utiliza una proyección del censo norteamericano para 2020 en los condados fronterizos habrá, en números redondos, 8 637 000 habitantes, y en una elaboración propia para este estudio, con los datos del INEGI, se estima que habrá 9 903 000 en los municipios; en la frontera latina habrá unos 18 540 000.

Los condados pegados a la línea tienen en promedio 30 por ciento de población latina, y dentro de ese grupo los mexicanos constituyen la mayoría, pero en las ciudades y localidades ubicadas también ahí alcanzan más de 80 por ciento del total de habitantes.

Aún ahora, es grande la demanda de habitación, empleos, drenaje, agua potable, seguridad, educación, servicios de salud, contención del deterioro ecológico, etcétera, de las comunidades de ambos lados de la línea internacional.

Es decir, se parece a cualquier lugar donde el neoliberalismo terminó por derrumbar las potencialidades de desarrollo de los pueblos. Pero es diferente también de cualquier otro sitio del planeta, en tanto se trata de una zona donde confluyen dos concepciones a veces diametralmente opuestas: la latina y la anglosajona, que deberán entenderse para manejar los terribles problemas fronterizos.

Observar la situación de frontera latina lleva también a una conclusión lógica: esta franja no podrá gobernarse a mediano plazo, sin crear un sistema de cogobierno que incluya a los latinos de los dos lados. Es decir, se trataría de un cambio casi total en la estructura política y económica tanto de ambos países, como en forma simultánea del resto de América Latina.

La población latina

Oficialmente, el censo norteamericano denomina hispana a la población de todos los latinos incluso a los españoles ibéricos, que sumó 44.3 millones en el conteo de julio de 2006, lo cual representa 14.8 por ciento del total (U.S. Census Bureau 2007).

Un estereotipo muy difundido en Estados Unidos y aun en Latinoamérica ve a los latinos como trabajadores

exclusivos de tareas agrícolas, lo que está muy lejos de la realidad. Una parte minoritaria de ellos reside en medios rurales, pero en realidad son fundamentalmente urbanos, y una gran parte de su fuerza de trabajo se ubica en el sector servicios, en la construcción y en otras industrias que utilizan mano de obra intensiva en Estados Unidos.

La mayoría de las familias latinas está en la línea de la pobreza, medida con los parámetros de la prosperidad estadounidense, y enfrenta problemas graves de discriminación racial, económica y política.

Sin embargo, su dinamismo las hace estar en todos los ámbitos de la vida, y se destacan por su dedicación al trabajo. Así, participan en los partidos políticos, universidades, centros de investigación, deporte, las artes, el comercio y los negocios. Según estimaciones diversas, la economía de los latinos produce 600 mil millones de dólares, y las remesas que envían son básicas para sostener la estabilidad política y económica de sus países de origen.

Los latinos no son sólo buscadores de empleo, sino generadores de empresas y fuentes de trabajo. Un estudio realizado por El Colegio de Sonora en 2003 encontró que sólo en Arizona los latinos eran propietarios de 29 mil empresas en 1997; 8.78 por ciento de todas las existentes en el estado en ese momento, (Santos 2004). Por supuesto que la potencia económica de los empresarios latinos es mayor en California, Texas o Florida.

Como consecuencia de su inserción en la economía estadounidense, en las últimas décadas ha surgido una clase media y otra media-media, que a diferencia de la clase alta hispana en Estados Unidos, concuerda menos con la elite anglosajona. En esta clase media se encuentran los cuadros formados en las universidades y en las movilizaciones de protesta juveniles, por eso no es casual encontrarlos liderando a las comunidades latinas, pero sin llegar a constituir todavía un liderazgo unificado.

Proyección para 2020 de la población en condados y municipios de la frontera
México-Estados Unidos (miles de habitantes)

Años	1960	1970	1980	1990	2005	2010	2015	2020
Condados fronterizos	2 310	2 719	3 727	4 815	6 933	7 443	8 008	8 637
Municipios fronterizos	1 512	2 242	2 967	3 889	7 151	7 951	8 863	9 903
Total	3 822	4 961	6 694	8 704	14 084	15 394	16 871	18 540
Población total estados fronterizos								
Estados fronterizos de EE UU	27 550	33 936	41 918	51 926	66 492	71 736	77 445	83 666
Estados fronterizos de México	5 541	7 848	10 691	13 246	18 199	19 717	21 371	23 171
Total	33 091	41 784	52 609	65 172	84 691	91 453	98 816	106 837
Porcentajes de la población de los condados y municipios de la línea fronteriza México-Estados Unidos								
Condados	60	55	56	55	49	48	47	47
Municipios	40	45	44	45	51	52	53	53
Total	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: elaboración propia, con datos de U.S. Census Bureau y CONAPO, población por municipio 1950-1990.

La fusión racial de anglos con otras razas y etnias no es nueva, pero alcanzó niveles impresionantes en la década de 1990

En realidad este es uno de los fenómenos que está modificando y va a determinar muchas de las transformaciones en Estados Unidos; en primer lugar una conformación racial nueva, en donde los anglos blancos pasarán a un segundo o tercer lugar, antes de la segunda mitad de este siglo.

En el panorama macro-demográfico estadounidense, la integración racial ha recorrido un largo trayecto desde el arribo de los esclavos africanos a las costas del Atlántico, y la llegada de la inmigración europea que no provino de los países anglosajones. Los mexicanos se cruzaron con esa conformación racial lenta y tortuosa en la segunda mitad del siglo XIX, inclusive antes que se produjera la invasión estadounidense. Los matrimonios de anglos con latinos observan tasas diferenciadas dependiendo de la región, pero no dejan de crecer constantemente. Es decir, en una buena proporción, los latinos están contribuyendo al mestizaje de los anglos, pero también los latinos estadounidenses son proclives a la fusión con todas las razas.

Como una cuestión que pone en entredicho la antigua preceptiva del *melting pot* (crisol de culturas), los hijos de los mexicanos y demás latinos casados o unidos con angloamericanos combinan características fisonómicas y culturales de las dos vertientes (Santos 2004).

Lucha política de los latinos

Durante los años setenta y parte de los ochenta, las luchas de los mexicoamericanos se centraron en una agenda múltiple, que incluyó la reivindicación de los derechos a la tierra, encabezada por el legendario líder Reies Tijerina, en

Texas y Nuevo México, las luchas por construir sindicatos de trabajadores agrícolas y mejorar sus condiciones laborales, dirigidas por César Chávez, sobre todo en California y Texas, las movilizaciones políticas por derechos políticos para los mexicanos y la incursión breve en la lucha electoral, a través de un partido propio, el de Raza Unida.

En la actualidad, los latinos se movilizan en defensa de los derechos de los migrantes, solicitando una serie de demandas de una vasta agenda que incluye la lucha por los puestos de elección popular en todos los niveles. Pero la parte más importante del movimiento se centra en la reivindicación de la amnistía para millones de indocumentados.

Las movilizaciones de 2006 y las de la conmemoración del primero de mayo de 2007 señalan que hay un proceso de unificación de las diversas nacionalidades latinoamericanas, y que incluso en el contexto de guerra y de restricciones a las libertades civiles es posible poner en primer plano la reivindicación de los derechos elementales para la clase trabajadora latina. El capital social y la formación de cuadros que producen las movilizaciones sociales son algunas de las potencialidades de los conjuntos sociales que acuerpan lo latino en Estados Unidos.

La conexión centro y sudamericana

Como se analizó antes, los centroamericanos, al conformar comunidades de inmigrantes en Estados Unidos o México, ayudan a reforzar lo latino y a encontrar las claves de la diversidad que encierra este concepto, en los elementos culturales y regionales que transportan desde América Central. No son los únicos, porque atrás de ellos están los sudamericanos, pero por ahora las corrientes migratorias principales hacia México y Estados Unidos provienen de Guatemala, El Salvador y Honduras.

No es casual que la conexión migratoria vincule a México con América Central, pues juntos forman una región geográfica, a partir del estado de Oaxaca, en el istmo de Tehuantepec. La frontera sur de México colinda con Guatemala y Belice, y en materia de relaciones exteriores en el pasado lejano y el más reciente de hace más de una década, México se involucró en el proceso de paz centroamericano, aun contraviniendo los deseos de Estados Unidos.

William Robinson (2003) y Abelardo Morales Gamboa (2007), dos analistas importantes de la situación y la migración de América Central, han elaborado descripciones y análisis de cómo los proyectos revolucionarios de la izquierda terminaron por frustrarse al final de sus guerras, y cómo de gobiernos oligárquicos militares y autoritarios se pasó a sociedades regidas por un sector tecnocrático nuevo, propio de los gobiernos neoliberales, que terminaron por subordinar el desarrollo de sus pueblos a las necesidades nuevas del capital transnacional en la era de la globalización, con lo cual persiste la exclusión de las masas populares.

El resultado de la guerra y los acuerdos de paz que involucraron el esfuerzo de varias naciones, fue que en la posguerra Centroamérica quedó más subordinada e integrada a la política estadounidense, y los sujetos que durante años sobrevivieron en un estado de resistencia social, se convirtieron en perdedores del ajuste neoliberal, que los hizo entrar en una dinámica territorial perversa, pues fueron desterrados social y legalmente de sus países de origen, pero para ser reinsertados en la lógica nueva de la acumulación, que los convierte en los engranajes de la conexión global de las sociedades que los expulsan.

Es probable que en ninguna región de América Latina el movimiento migratorio alcance el grado que la intramigración ha tenido en los países de América Central, y que ese mismo movimiento coincida con una migración

hacia el norte. En toda la década de 1990 se registraron migraciones internas, extra regionales y transfronterizas, además del retorno de refugiados. Morales observa que si bien en la primera mitad de dicha década descendió el peso relativo de las migraciones transfronterizas, en la segunda recobraron importancia las que ocurrían entre fronteras vecinas.

También afirma que en ese periodo hubo dos situaciones que pudieron haber influido en la movilidad de personas: el efecto de los programas de ajuste estructural y los daños causados por eventos climáticos (sequías, huracanes, inundaciones) y los terremotos de 2001 en El Salvador. En todo caso, es probable suponer que durante la década y media transcurrida, desde inicios de los años noventa, en Centroamérica continuó operándose un profundo reacomodo poblacional; como resultado de la distribución de la fuerza laboral en los mercados de trabajo, tanto domésticos como extranjeros (2007, 144).

Los datos oficiales del censo norteamericano de 1990, referente a centroamericanos residentes en ese país, registraron 1 259 597, de cinco nacionalidades, salvo de Costa Rica y Belice. En el año 2000 alcanzaron la cifra de 1 583 206, que incluyó a inmigrantes costarricenses, pero no a beliceños. Hay estimaciones no oficiales, dedicadas al estudio de la población hispana, que muestran cantidades más altas.

Si estos datos se comparan con las cifras disponibles de la población centroamericana de años no tan distantes de los censos citados, la proporción de estos migrantes no alcanza rangos altos en relación con los residentes en sus países de origen. En 1999, el Informe de la Región estimó que para 1998, en números redondos, la población era de 34 millones, y un estudio de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), de 2006, registró 39 millones.

En estas cifras reside la imposibilidad de que la migración centroamericana vaya a parar pronto, sobre todo si sólo se consideraran las pirámides poblacionales de esos países, con una gran base que en comparación resulta más joven que la mexicana y por supuesto que la estadounidense.

Estudios diversos, realizados en el campo mexicano, entre ellos los de El Colegio de Sonora, con diferentes metodologías de acercamiento a los transmigrantes centroamericanos, muestran que además de todas las causas de la migración estudiadas por autores de América Central persiste la inestabilidad económica, política y de seguridad en la región.

En *La diáspora de la posguerra*, el autor por una parte ve a los sujetos de la migración interna y extra territorial como actores que han mostrado ineptitud para recuperar su capacidad de organización política y resistencia, pero por otra Morales se pregunta si toda la ruptura de las sociedades centroamericanas consigo mismas no será “la antesala de conflictos que ya no tendrán un escenario exclusivamente doméstico, sino crecientemente regional y transnacional” (2007, 321).

Con todo lo que les cuesta el tránsito lleno de riesgos, en la medida que los centroamericanos y con ellos el resto de latinos se acercan a la frontera latina y se apropian de ella, van elaborando en la práctica sus propias respuestas a éste y a otros grandes interrogantes.

Conclusiones

El movimiento actual de migrantes centro y sudamericanos hacia México y Estados Unidos representa el reforzamiento de la latinización de las fronteras de ambos países. Es decir, que está haciendo más patente la diversidad latinoamericana a uno y otro lado de la línea internacional.

El concepto frontera latina no solamente define los límites a lo largo de las áreas territoriales entre México y Estados Unidos, que van del Pacífico hasta el Atlántico o el golfo de México, sino que traza las líneas demarcatorias en el mar, y abarca a los países del Caribe, con lo cual las identidades latinas se encuentran con las anglosajonas en una zona de transición, que no sólo corresponde al macizo territorial, sino que incluye una parte oceánica.

La zona de transición, descrita en este estudio, contiene una vertiente geopolítica que también tiene la virtud de destacar el conflicto por la apropiación y explotación de los recursos y riquezas, que siempre ha existido entre Estados Unidos, los países industrializados y las naciones de América Latina, y que cobra fuerza ahora con el debate del futuro del petróleo mexicano.

La hipótesis central que guió la estructura de este ensayo, se apoyó además en un conjunto de factores demográficos, culturales, raciales, de costumbres, históricos, de idioma, de derecho internacional y marítimo que constituyen la base material de la latinidad.

La segunda hipótesis, que complementa a la primera, se refiere a que el sellado de la frontera estadounidense está haciendo más difícil el cruce, y aumenta considerablemente el costo de los polleros o guías, y está fomentando una permanencia más prolongada de migrantes, que incluye a centro y sudamericanos en el lado mexicano de la frontera o en las partes aledañas.

En el contexto de movilidad de poblaciones analizado aquí, los cambios experimentados en la frontera del norte de México en los últimos diez años han dado como resultado un fortalecimiento del control militar de Estados Unidos y mayor control policiaco en el lado mexicano.

Esto se está mezclando con el incremento de las expulsiones de centroamericanos desde Estados Unidos y México, situación que crea un grueso de población para la que

no es fácil regresar e instalarse de nuevo en sus lugares de origen, y esto constituye una presión social enorme que en una primera instancia se siente en la parte del sur mexicano, en la frontera con Guatemala y Belice.

La frontera latina ha tenido varias funciones a través de su historia, y no sería nada sorprendente que volviera a actuar a favor de las causas latinoamericanas y a fin de cuentas de la humanidad, si los pueblos deciden pelear palmo a palmo por ella.

Bibliografía

Acuña, Rodolfo. 1976. *América ocupada: los chicanos y su lucha de liberación*. México: Era.

Bustamante, Jorge A. 2002. *Migración internacional y derechos humanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

CONAPO. 1994. México.

Filippi, Francesco, 2007. *Migrantes indocumentados y documentados, ¿abierta amenaza sociocultural o motor económico invisible?* CIEPAC. (Versión en línea).

FLACSO. 2006 *Centroamérica en cifras, 1980-2005*. Costa Rica: FLACSO.

INEGI. 2005. II Conteo de población y vivienda. México. INEGI.

INEGI. 2001. <http://www.inegi.gob.mx>

Katz, Friederich. 1999. *Pancho Villa*, dos tomos. México: Era.

- Massip, Salvador, 1924. *Introducción a la Geografía Física*. La Habana: La Moderna Poesía.
- Morales Gamboa, Abelardo. 2007. *La diáspora de la posguerra: regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central*. Costa Rica: FLACSO.
- Portes, Alejandro, Luis Guarnizo y Patricia Landolt (coordinadores). 2003. *La globalización desde abajo: transnacionalismo, inmigrantes y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*. México: FLACSO.
- Robinson, William I. 2003. *Transnational Conflicts: Central America, Social Change and Globalization*. Reino Unido: Essex.
- Santos Ramírez, Leopoldo. 2004. *Matrimonios de anglos y mexicanos en la frontera*. Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- Taibo II, Paco Ignacio. 2006. *Pancho Villa: una biografía narrativa*. México: Planeta.
- Teja Zabre, Alfonso. 1947. *Dinámica de la historia y frontera interamericana*. México: Botas.
- U.S. Border Patrol. 1994. "Border Patrol Strategic Plan 1994 and Beyond: National Strategy" (aprobado por Doris Meissner, comisionada).
- U.S. Census Bureau. 1990-2000 y 2007.
- U.S. Government Accountability Office. 2001.
- Vargas Llosa, Mario. 1981. *La guerra del fin del mundo*. Barcelona: Plaza y Janés.